

Documental

Mensaje del Padre Santo Pío XII en la inauguración de las nuevas instalaciones de la Estación Radio Vaticana

(27 de octubre de 1957)

"Atended, pueblos distantes" (Is. 49, 1); todos, escuchad; desde la nueva Estación Radiofónica Vaticana, es decir, desde este bosque de antenas, coronadas por la cruz, excelsa e invicta señal de verdad y caridad, "nuestra palabra se dirige a vosotros" (2 Cor. 6, 11). En primer lugar, deseamos expresar de corazón nuestro imperecedero agradecimiento al Dios Optimo Máximo, que no sólo creó el cielo y la tierra con una admirable coherencia y armonía, sino también puso en todos los elementos misteriosas fuerzas que la inteligencia del hombre por medio de la investigación busca, descubre penosamente y somete a su propio servicio. Así sucede que la voz humana, captada con instrumentos ingeniosamente fabricados, produce ondas eléctricas, las cuales, atravesando los inmensos espacios de la tierra y el mar, son recibidas por otros instrumentos y de nuevo reproducen la misma voz, como si el que habla desde lejos se hallase presente. Este es el invento de la radio, ciertamente uno de los más grandes que el ingenio de los hombres ha descubierto felizmente en nuestros días. Pero otros inventos, no menos dignos de admiración, han entrado hoy en uso, y de día en día se perfeccionan.

Condiciones que requiere la técnica para contribuir al progreso

Nadie seguramente habrá que, juntamente con Nos, no alabe estos descubrimientos, que constituyen una gran gloria de nuestro siglo; sin embargo, es necesario afirmar que los beneficios, las ventajas, las utilidades que ofrecen todas las ciencias técnicas de cualquier clase no pueden contribuir a la prosperidad de los hombres y a la verdadera felicidad si no promueven los bienes del alma, que son más importantes; si no se sujetan a las normas de la Naturaleza; si, por último, no obedecen plenamente a las leyes del Dios eterno (cf. *Discorsi e Radiomessaggi*, vol. XV, págs. 510-521). Pues —como dice San Alberto Magno, que fue también diligentísimo investigador de las ciencias físicas— todas las cosas se han de referir a Aquél "que es fuente de la sabiduría, creador, ordenador y rector de la Naturaleza" (*Physic.*, lib. I, tract. I, cap. I). Como todas las cosas creadas, así también hay que usar de todas las fuerzas que los hombres doctos someten hoy día a su dominio; pero con rectitud, bajo los dictámenes de la razón, de suerte que el hombre no se apegue a ellas tan fuertemente que casi se olvide de que su alma ha nacido para lo imperecedero, sino que todas las cosas se le presenten como escalones ascendentes, por los cuales se eleve a la inteligencia y al goce de las cosas celestiales (cf. *Discorsi e Radiomessaggi*, vol. XV, págs. 520-523). Veán todos en las cosas y fuerzas de la Naturaleza la presencia de Dios, y, reverentes, admiren el esplendor de sus incorruptibles rayos. Como en la caduca y frágil especie de las flores y en los armoniosos y admirables movimientos de los astros que atraviesan los espacios infinitos del firmamento obedeciendo a la voluntad de Dios, así también en las misteriosas intimidades de los átomos que la pupila del ojo penetra, ro-

bustecida con instrumentos, y el arte inteligente desintegra, produciendo una energía nueva, adoren y reverencien la sabiduría y poder creador y eterno de Dios. Si los hombres piensan y proceden de esta manera, todos los inventos, que nuestros tiempos maravillosamente nos han traído y traen, no conducirán a la ruina de los cuerpos ni a la de las almas, sino a una vida más próspera, más rica, más feliz, no sólo de los individuos, sino también de la familia y de la sociedad civil.

Pues estos inventos —bien sabemos—, como pueden causar muchos bienes, pueden también causar muchos males. Por lo que se refiere a la radio, ¿quién ignora que puede propagar y diseminar por todas partes verdades o errores, virtudes o torpezas, la concordia o la discordia, la caridad fraterna o el odio mortal? Cuánto, pues, importa —como ya escribimos recientemente en la encíclica “Miranda prorsus” (Acta Apostolicae Sedis, vol. IL, año 1957, págs. 765 ss.)—, cuánto importa que los que abrigan sentimientos cristianos o solamente honestos atiendan con suma diligencia a semejante problema y se den con todo empeño a conseguir primeramente que los aparatos de radio, que hoy día poseen muchos hogares, no aparten las inteligencias de la verdad bajo el disfraz del error, que no provoquen a los vicios enmascarados con los encantos de un arte engañoso, sino que más bien inviten a la virtud, difundan la recta doctrina y aun distraigan a los radioescuchas con sanos pasatiempos, descargándolos de las preocupaciones que, especialmente en nuestros tiempos, atormentan y angustian tan fuertemente a los hombres.

La radio y la evangelización

Además —y esto de un modo peculiar toca a Nos, a los Prelados y a todos los católicos—, el invento de la radio suministra y ofrece nuevas ayudas y nuevas fuerzas para conseguir con más extensión y facilidad lo que Jesucristo mandó a los apóstoles y a los que en su lugar les sucedieron: “Predicad el Evangelio a toda criatura” (Marc. 16, 15). ¿Por qué la Iglesia, para cumplir con su deber con más facilidad, no ha de usar de esta poderosísima ayuda, tanto más que precisamente por haber sido recibida de Dios puede contribuir mejor que otra alguna al bien de cada uno de los ciudadanos, de la familia y también de la sociedad civil? Las doctrinas, productos de la inteligencia humana, nunca pueden ser perfectas; por lo cual sucede con frecuencia que unas provienen de otras, toman incremento y, cediendo el puesto a las que en ese intervalo florecen, poco a poco terminan por desaparecer; mas “la palabra... del Señor permanece para siempre” (1 Petr. 1, 25). La verdad, que procede de Dios, no conoce ocaso; y sus mandamientos, si se practican rectamente, poseen una fuerza capaz de conducir a un estado mejor y más feliz no sólo a los individuos, sino también a todo el género humano.

Gracias al Evangelio de Jesucristo se han suscitado en el mundo virtudes que ni siquiera pudo sospechar la antigua filosofía pagana. A su influjo se debe, como enseña la historia, que el pensamiento, la voluntad, la actividad y las costumbres de los hombres hayan tomado otros rumbos. Una vez que se difundieron el conocimiento y la doctrina del Redentor Divino, y su virtud se transfundió en las arterias de los pueblos, desterrando los vicios y fomentando las virtudes, “entonces se originó aquel cambio de cosas, que con el surgir de la cristiandad transformó fundamentalmente el aspecto del mundo” (León XIII, Encicl. *Tametsi*; Acta Leonis XIII, t. XX, año 1901, pág. 299). Ahora bien, lo que en otro tiempo tuvo lugar es necesario se verifique también en nuestros días con frutos abundantes. Propáguese, pues, cada día más la religión de Jesucristo: llegue a todas las regiones, aun a las más lejanas o menos accesibles por la dificultad de los caminos o por otras causas; penetre y ejerza su dominio en los recintos familiares y en lo íntimo de las almas, informando eficazmente las costumbres; y la voz de Jesucristo, con su suave atractivo, resuene por medio de sus ministros, llevando la salvación en todas partes. No solamente hay que propagar el Evangelio del Redentor Divino por los medios que ordinariamente se han acostumbrado y que ciertamente son necesarios, sino que hay que echar mano de los recursos modernos, si es que queremos, como no podemos menos de desear todos, que el reino de Cristo, que es “reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz” (prefacio de la misa en la fiesta de Jesucristo Rey), cada día prospere y triunfe finalmente en todas artes.

Así como es nuestro deseo que los católicos empleen estas nuevas y pacíficas ramas de la verdad, fue también nuestra mente construir una estación radiofónica más potente y más perfecta que nos permitiese comunicar nuestra voz a todo el mundo y dar a la cristiandad nuestros mandatos, exhortaciones y deseos. De esta suerte, los miembros del Cuerpo místico de Jesucristo, cuya cabeza es el Redentor Divino, se

unen entre sí con nuevos vínculos y se hace posible —como sabemos que lo desean todos los católicos— que éstos puedan escuchar la voz y las palabras del Romano Pontífice aun en las más apartadas regiones del orbe, y aun aquellos a quienes se oponen impedimentos y barreras para que no oigan su voz.

Por esta razón deseamos presentar nuestro profundo agradecimiento no sólo a todos los católicos que en el mundo entero, ya con las limosnas recogidas, ya con buenos aparatos, han contribuido a levantar y equipar esta gran obra, sino también al peritísimo personal técnico que ha puesto a servicio nuestro su pericia y su trabajo generosa y gustosamente. Sin duda que no se les oculta —y esto les dará especial consuelo— que han puesto sus recursos, sus energías y sus talentos al servicio de una causa que sirve no sólo para el desarrollo intelectual y el enriquecimiento y deleite del espíritu, sino también para infundir y propagar la verdad y la virtud cristiana y para consolidar cada vez más vigorosamente por doquiera, con el máximo esfuerzo, la religión católica.

Exhortación a la paz y concordia

No queremos poner fin a esta nuestra breve alocución sin que exhortemos una y otra vez a las naciones, a los pueblos y a todos los hombres a la paz y a la concordia fraternal. Las guerras —como lo comprueban en demasía los acontecimientos recientes— engendran matanzas, ruinas y miserias de toda clase. Lo mismo se diga —como todos saben— de las rivalidades, odios y discordias de los ciudadanos, que no pueden ser fuente de prosperidad ni privada ni pública, ya que “con la concordia crecen las cosas pequeñas; con la discordia, las más grandes se arruinan” (Sallust, lug., 10).

Así que Nos, a quien no mueve alguna ambición de imperio terreno, puesto que el oficio a Nos confiado se refiere principalmente a que las almas inmortales consigan la felicidad eterna; Nos, cuyas “armas no son carnales, sino poderosas por Dios” (2 Cor. 10, 4), y que nada tenemos tan en el corazón como el que nuestra caridad abrace a hombres y pueblos de todas las razas, levantamos de nuevo nuestra voz paternal, aconsejando a todos la paz fraterna. Sobre todo, los que tienen en sus manos los destinos de las naciones ante su conciencia y ante Dios, piensen que esto les incumbe como deber gravísimo. Unanse entre sí con recíproca comprensión y mutua estima, fundadas en la justicia y la verdad; procuren por todos los medios que las causas de enemistades y contiendas lo más pronto posible no solamente disminuyan, sino que se arreglen equitativa y establemente, de manera que los ciudadanos y los pueblos puedan respirar tranquilos, libres del miedo y amenaza de guerras, y levantar sus ánimos con la esperanza de días mejores, y convertir en fructuosos elementos de paz y bienestar común los recursos que podrían arrebatarse y destruir futuras conflagraciones bélicas.

Estos deseos y exhortaciones nuestras, tanto más ardientes brotan de nuestro ánimo cuanto que, en la hora presente, como todos saben, turbias nubes parecen oscurecer el cielo de las regiones del Próximo Oriente, no lejos del sitio donde los escuadrones de los ángeles entonaron el mensaje de paz para los hombres de buena voluntad (Luc. 2, 14). Nos, que desde el comienzo de nuestro pontificado (A. A. S., vol. XXXI, 1939, págs. 86-87) hemos aconsejado siempre a todos la paz, mas una paz justa, como bello presente de Dios, pues, según San Agustín, “aun en las cosas terrenas y mortales no solemos oír cosa de mayor gusto, ni desear objeto más agradable, ni, finalmente, podemos hallar cosa mejor”. (De Civ. Dei, lib. XIX, cap. XI), una y otra vez invitamos a todos a consolidarla y afianzarla. Prevalzca el cuerdo y prudente parecer de los que con razón pueden llamarse hombres de buena voluntad; y todos echen de ver el inmenso e irreparable cúmulo de ruinas que no sólo a los ciudadanos y a las naciones, sino a todo el género humano puede acarrear una nueva conflagración bélica. A este fin eleven fervientes plegarias a Dios, principalmente nuestros hijos en Cristo, para que se disipen los nublados y auna con la paz de los ánimos se arreglen los asuntos y, con el reconocimiento de los legítimos derechos, el cielo recobre su serenidad.

Quiera Dios que esto se realice, y que su “paz, que sobrepaja todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Phil. 4, 7). Amén.

CONCLUSIONES DEL II CONGRESO MUNDIAL PARA EL APOSTOLADO DE LOS SEGLARES

DECLARACION

Los congresistas de todos los continentes, reunidos en Roma para el II Congreso Mundial para el Apostolado de los Seglares, expresan a Su Santidad, Papa Pío XII, su profundo agradecimiento por las palabras que ha querido benévolutamente dirigirles en el curso de la audiencia del 5 de octubre y por las observaciones que ha querido hacer sobre la naturaleza, estructura y ejercicio del apostolado de los seglares.

Ellos están particularmente conmovidos por la confianza que el Padre Santo se ha dignado testimoniarles, proponiendo a su reflexión y examen problemas de la más alta importancia y apelando a sus iniciativas y responsabilidades.

Ellos se esfuerzan en responder a los votos de Su Santidad, Papa Pío XII, concentrando cada vez más sus esfuerzos con vistas a una mayor eficacia apostólica, teniendo en cuenta la diversidad de los objetivos que persiguen y de las formas que revisten los organismos nacionales e internacionales.

En este espíritu, las organizaciones representadas en este Congreso se declaran felices y fielmente listas para trabajar en ese sentido, de manera que el laicado pueda cumplir, bajo la dirección de la jerarquía y con espíritu de fraternal caridad y verdadera cooperación, su misión apostólica con perspectivas cada vez más amplias, conforme a las dos funciones que se imponen a la Iglesia actual: la de conservar y la de conquistar.

DOCUMENTO FINAL

Hace seis años, en ocasión del I Congreso Mundial para el Apostolado de los Seglares, el Padre Santo invitó a los participantes a una "plena y eficaz colaboración en la caridad universal". Con este mismo espíritu se han reunido, del 5 al 13 de octubre de 1957, para el II Congreso Mundial más de 2.000 delegados venidos de todos los continentes.

Ellos han comprobado con gozo que estos años pasados significaron una profundización y una maduración del sentido apostólico en fieles de un número de países cada vez mayor.

Igualmente comprobaron que existe una gran diversidad de modos de expresar su dedicación, de acuerdo a las vocaciones y países. Esta diversidad es una riqueza y un signo de vitalidad, en la medida que en ella se expresa la unidad dada por una misma fe, una misma esperanza y una misma caridad.

Finalmente, el II Congreso Mundial, dada la presencia de más de 80 países y la multiplicidad de los contactos fraternales, ha constituido por sí mismo un testimonio de que la Iglesia en ninguna parte del mundo es extraña; y recíprocamente, que ningún pueblo de todas las razas, naciones y culturas es extraño en el seno de la Iglesia.

La tarea que hay que cumplir

Profundamente satisfechos por estos resultados, hemos comprobado, sin embargo, en el curso de este Congreso, la urgente necesidad de intensificar todavía nuestros esfuerzos y la inmensidad de la tarea que nos espera como miembros de la Iglesia en un mundo en plena transformación.

—El rápido crecimiento de la población crea problemas de orden material y moral de una amplitud extraordinaria;

—Los progresos técnicos en el campo industrial y en materia atómica forman nuevas civilizaciones y repercuten aún entre pueblos que hasta ahora habían quedado al margen del intercambio internacional, reducen las distancias, favorecen la unificación, elevan el nivel de vida, pero implican también graves riesgos para el orden social, la salud del hombre y la paz del mundo;

—En el momento en que nuevas naciones entran en la escena mundial, una inmensa esperanza de justicia y libertad atraviesa el mundo, levantando a los individuos y pueblos;

—Finalmente, a pesar de todos los obstáculos y retrocesos momentáneos, se va formando una comunidad mundial, con un esfuerzo de organización sin precedentes en la historia.

Pero en ese mundo en crisis, más de dos tercios de la humanidad tienen hambre y cada vez se abre un abismo mayor entre los países ricos y los económicamente pobres.

A las miserias materiales se agregan las espirituales.

El abandono de lugar natal y la concentración de los hombres en las ciudades significa a menudo la pérdida de la fe. A millones de hombres se les niega el libre ejercicio de sus derechos esenciales, especialmente la libertad religiosa, impedida por el comunismo, y la igualdad racial.

En numerosos países, el materialismo ateo gana terreno; por otra parte, una forma práctica de ateísmo impregna cada vez más la manera general de vivir.

Sin embargo, el hombre moderno, que tiene tendencia a perder el sentido de Dios, siente la necesidad de ser considerado como una persona; siente la necesidad de una comunión, sufre el “vacío espiritual” que se ha creado en él y alrededor de él. Tales son los nuevos datos que hoy debe tener en cuenta todo esfuerzo apostólico.

En esta hora importante para la historia del mundo y de la Iglesia, ante esas amenazas y angustias, los católicos no pueden permanecer indiferentes e inactivos. Tenemos el privilegio de vivir en una época en que es completamente necesario llevar una vida cristiana plenamente apostólica. Como nos lo ha recordado el Padre Santo, la consagración del mundo es “esencialmente la obra de los mismos seglares, de hombres que participan íntimamente en la vida económica y social”.

Más que nunca, los seglares están llamados a colaborar con la Jerarquía como miembros de la Iglesia, como pueblo de Dios en marcha, para el cumplimiento de la misión de la Iglesia, la cual continúa sobre la tierra la obra redentora de Cristo.

Este primer deber implica una tarea indispensable en todos los sectores de la vida.

El seglar cristiano, comprometido a vivir en el mundo durante toda su existencia, tiene la tarea de acrecentar los valores que están en germen en la creación y, participando en las angustias de todos los hombres, contribuir a la penetración del mensaje revelado en toda la vida humana.

Llamamiento para la formación

En consecuencia, el II Congreso Mundial para el Apostolado de los Seglares hace un llamado urgente a todos los católicos para que se dediquen en los próximos años a intensificar el “esfuerzo de una seria formación”, de acuerdo a las palabras del Padre Santo. El ejercicio de responsabilidades apostólicas es un elemento indispensable de esta formación que se dirige no solamente a la inteligencia, sino también al hombre entero.

—Esta formación exige, ante todo, la profundización de una vida espiritual fundada sobre la oración, adaptada a las condiciones del seglar y orientada hacia las otras personas con un espíritu de servicio. “Amaremos nuestros hermanos cercanos y a nuestros hermanos lejanos. Amaremos a todas las clases sociales, pero especialmente a las que tienen más necesidad de ayuda técnica, asistencia, estímulo. Amaremos nuestro tiempo, nuestra ciudad, nuestra técnica, nuestro arte, nuestro deporte, nuestro mundo.”

—Esta formación exige, en segundo lugar, una profundización doctrinal: desde este punto de vista, a menudo los seglares caen en la ignorancia. Existe el riesgo de que se produzca un desequilibrio entre la cultura profana, cada día más desarrollada, y una cultura religiosa que permanecerá infantil. Para comunicar su fe a otros, el apóstol debe alimentarse de las fuentes más auténticas de la palabra de Dios y de la Liturgia. Debe practicar la “caridad de la fe”.

—Esta formación exige, en tercer lugar, un conocimiento del mundo actual y de sus necesidades. De aquí resulta la necesidad de encuestas religiosas, de centros de estudio e institutos de investigaciones. La buena voluntad no es suficiente: es necesario añadir una real competencia en el campo profesional, cívico y social.

—En un mundo cada vez más pequeño, esta formación exige, finalmente, una apertura internacional. Su fundamento más seguro consiste en la adquisición de una mentalidad verdaderamente "católica". Merced a un sentido cristiano más verdadero y a intercambios internacionales más frecuentes, los seglares se acostumarían a dar su dimensión mundial a todos los problemas. Tal campo de apostolado no puede ser abordado sino con una fidelidad total a la Iglesia, Una y Jerárquica.

Familia y Clero

Esta formación debe ser la preocupación constante de todos los que contribuyen a la educación del niño y del adulto: familia, escuela, universidad, parroquia, movimientos de apostolado y de Acción Católica, organizaciones internacionales católicas. Es necesario recordar lo mucho que corresponde a la familia en el dar la primera formación de base para el apostolado.

El progreso ya constante en el apostolado de los seglares no hubiera sido posible si el clero no hubiese consagrado a ello muchísimas fuerzas. Nosotros emitimos el voto de que sacerdotes cada vez mejor preparados en este trabajo estén disponibles para asegurar la formación de los seglares "adultos", de los cuales el mundo tiene necesidad.

Hacia el establecimiento de la justicia

Sabiendo que el pertenecer a la Iglesia, lejos de convertir al cristiano en inapto para las necesidades terrenas, lo lleva a consagrarse, tanto como cualquier otro, a todas las tareas humanas, nos declaramos solidarios de los esfuerzos positivos que los hombres de buena voluntad hacen por todas partes del mundo para bien de todos.

Invitamos a los católicos del mundo entero a participar de todo corazón y con un espíritu de absoluto servicio en todas las formas de cooperación: económica, social, política, cultural, que se realicen, sea en forma de asistencia directa sea en el ámbito de las organizaciones nacionales o de los organismos o institutos internacionales.

Nos comprometemos particularmente a trabajar con ese espíritu para el establecimiento de la justicia no solamente en cada individuo y en cada grupo social, sino también en cada pueblo y entre todos los pueblos.

Eso es un deber de conciencia. Todos nosotros tenemos la obligación, a la luz de la doctrina social de la Iglesia, de contribuir a convencer a la opinión pública sobre esa necesidad.

Pero no olvidamos que la crisis actual es, ante todo, una crisis espiritual. Hoy, como ayer, los hombres tienen hambre de Dios; la respuesta que nosotros les damos no es nuestra, es la de Cristo comunicada por su Iglesia.

RESOLUCION

El Congreso, habiendo escuchado la relación de la Comisión Especial que había nombrado con el fin de que se diera la más completa y respetuosa atención al discurso del Padre Santo, y especialmente a la posibilidad, tan paternalmente ofrecida por Su Santidad, de discutir y examinar la cuestión que ha querido señalar acerca de una eventual revisión de la terminología, y como corolario de la estructura de las organizaciones llamadas Acción Católica, invita a las organizaciones nacionales e internacionales a emprender un estudio activo y acelerado de este problema, en colaboración fiel con las autoridades eclesiásticas competentes, y desea que el Comité Permanente de los Congresos Internacionales para el Apostolado de los Seglares y la Conferencia de las O. I. C., prosiguiendo su fraternal colaboración, puedan servir de instrumento para recoger los datos sobre el problema, tal como se manifiesta en los diferentes países, para difundir los estudios cumplidos y para hacer conocer el intercambio de ideas acerca del mejor método de realizarlas.